

ASPECTOS SOCIALES. LA CONDUCTA ANTE EL DESASTRE DR. FERNANDO SERPA FLÓREZ.*

Estudiar las medidas que deben tomarse en casos de desastre, constituye un deber y es el comienzo de la prevención de las consecuencias trágicas que las catástrofes traen consigo.

Si las autoridades hubieran tenido un conocimiento mayor de la historia regional, habrían sabido que Fray Pedro Simón refirió que en 1595 se presentó una erupción del volcán del Ruiz con aludes y desbordamientos de los ríos Gualí y Lagunillas; que don José Manuel Restrepo relató un hecho semejante, acaecido en 1845, en el que avalanchas de lodo y piedras cubrieron las zonas de Armero y Mariquita, causando la muerte de, por lo menos, mil personas y destruyendo bosques y viviendas; y que en los últimos catorce mil años la actividad volcánica del Ruiz ha sido principalmente de tipo explosivo, habiéndose comprobado, por medio del carbono radioactivo, en un lapso que comprende desde hace 10.520 años hasta hace 600 años, numerosas erupciones; habrían podido concluir que hay que estar precavidos; ¡ Vivir alerta ! Y no desatender los avisos premonitorios de un desastre de estas características.

* Miembro de Número de la Academia Nacional de Medicina. Médico de la Universidad Nacional y Master en Salud Pública de la Universidad de Harvard. Ha sido Secretario de Salud de Bogotá, Secretario General y Director del Ministerio de Salud. Director del Instituto Nacional de Salud.

Esperamos que este terrible impacto nos aporte, como resultado marginal favorable, la decisión de estar menos impreparados ante circunstancias similares o parecidas en el futuro.

De ahí que consideramos de importancia la reunión, propia y respaldada por la Academia Nacional de Medicina, para estudiar las enseñanzas que nos dejó la catástrofe ocasionada por la erupción del volcán del Ruiz en 1985. Y de gran interés práctico la publicación del presente libro, con los informes y conclusiones de dicha investigación.

El tema, siempre novedoso, del comportamiento de la población ante el desastre, cobró para los colombianos trágica actualidad, una vez más, con el siniestro de Armero, desencadenado por las fuerzas de la naturaleza. Quisiera, completando los interesantes planteamientos que aparecen en el presente libro, formular algunas consideraciones sobre el comportamiento de los individuos ante el desastre, pues de su estudio y de las medidas apropiadas que se tomen durante una catástrofe, podría resultar la preservación de la vida o de la integridad de las personas y tal vez, hacer menos graves las consecuencias de sucesos con las características de los que estamos estudiando.

No sobra, pues, insistir en la conveniencia que para la comunidad tiene el recibir orientación sobre este difícil tema psicológico del comportamiento en las catástrofes; una conducta descontrolada en una emergencia puede constituir un serio problema, no sólo por

dificultar las actividades de auxilio y rescate, sino también por las consecuencias que producen, a largo plazo, estos choques emocionales; persisten trastornos situacionales o de conducta y psicosis en individuos predispuestos; y por las repercusiones que sobre la sociedad ejerce una conducta inadecuada durante tales acontecimientos.

Para comenzar, diremos que uno de los hechos más graves que se presentan en todo desastre y que, en lo posible se debiera evitar o por lo menos limitar en sus consecuencias, es el pánico.

El pánico se presenta cuando la moral es baja. Cuando las comunicaciones son deficientes. O cuando las vías de escape son impracticables o están cerradas.

En el caso de Armero - y sin que queramos constituirnos en censores -, doce meses después de desencadenada la tragedia, podría pensarse que, si bien la moral estuvo alta, los otros dos factores fallaron: las comunicaciones, por imprevisión en informar adecuadamente y por confianza excesiva en que nada iba a suceder; y las vías de escape no pudieron utilizarse por las características mismas de la avalancha y por el hecho de haberse presentado en horas nocturnas, ante una población desprevenida.

Debemos insistir en estos tres factores: moral alta, adecuadas comunicaciones y facilidad en las vías de escape, como puntos

generales importantes en caso de catástrofe. Aspectos para tener en cuenta y actuar en consecuencia con su fortalecimiento y desarrollo en el ámbito de las medidas preventivas que deben tomarse con el propósito de disminuir las consecuencias de los desastres.

En el campo personal, hay tres momentos que pueden individualizarse en todo gran desastre, sea una avalancha, un incendio, una epidemia, un terremoto o una guerra.

El primero de estos momentos es la percepción de la amenaza, la premonición de que algo grave va a ocurrir.

El segundo, es el impacto de la catástrofe, cuando la persona afronta la situación: las probabilidades de escapar del accidente - o de la muerte - dependen principalmente de la habilidad y rapidez de la acción defensiva personal.

El tercer momento viene después de recibir el impacto. Es la "victimización"; en este período, la persona advierte la magnitud de las pérdidas sufridas e inicia el balance.

Ahora bien, de acuerdo con la gravedad y la duración de la catástrofe, así como de la fortaleza individual y de la orientación y educación comunitaria y personal, se han descrito cinco maneras no convenientes de comportarse ante el peligro, las cuales muchas veces, pueden superponerse o sucederse en la misma persona, con una consecuencia definida.

Tales son, la aprensión o miedo, la inmovilidad, la apatía, la dependencia y la irritabilidad agresiva. Vale la pena, en el caso de Armero, tener en cuenta que estas modalidades de comportamiento se han presentado con frecuencia entre sus víctimas, por el hecho obvio y humano de que ellas no podían ser una excepción a la constante regla observada en estos imprevistos acontecimientos.

La reacción más común de las anteriormente enumeradas es la aprensión, que se caracteriza por el temor agudo, acompañado de acciones orientadas a la fuga del aparente lugar de peligro. Esta actitud puede perdurar tiempo después de que la amenaza ha pasado y queda entonces la tendencia a demostraciones excesivas de miedo, de huida o de sobresaltos de alerta ante la menor alarma.

La inmovilidad, es de corta duración y solo se manifiesta en el instante del impacto súbito y pocos momentos después. La persona queda atónita, con una relativa ausencia de su capacidad motora y mental parcialmente desorientada.

La apatía, es frecuente en las personas que han sido afectadas más severamente con el impacto de la catástrofe. El individuo pierde la iniciativa y el interés por las actividades sociales normales y cae en lo que los psiquiatras llaman un estado medianamente depresivo.

Otra forma de reaccionar, es demostrando un comportamiento pasivo, de "curiosidad", obediencia o dócil dependencia. La persona se comporta como un niño y espera simplemente a que alguien le de una orden para actuar. Aparte de que se constituyen en un estorbo (de ellos hacen parte los llamados "curiosos"), algunas veces su docilidad emocional los conduce a actuar erróneamente, siguiendo directivas inapropiadas o realizando actos equivocados, que no pueden ser observados y corregidos rápidamente por la misma naturaleza de quienes los realizan. Estas tendencias se observan luego de acontecer el desastre o en las primeras fases de recuperación, cuando la ayuda de toda persona hábil es necesaria para la labor de rescate.

Por último, un poco tardíamente, pueden presentarse reacciones de agresiva irritabilidad, que se caracterizan por resentimiento y amarga condenación, en especial en contra de las autoridades o entidades oficiales.

Todas estas reacciones pueden impedir reconocer correctamente la realidad, apreciar con exactitud el peligro, controlar los impulsos socialmente inaceptables o tomar un camino adecuado de acción.

Para evitar el pánico y sus funestas consecuencias en una catástrofe, debe mantenerse alta la moral, lo que se obtiene en gran

manera cuando existe un líder que encauce la situación y conduzca serenamente a las gentes. Deben existir apropiados medios de comunicación: en efecto, nada descontrola más que el no saber a ciencia cierta qué debe hacerse, qué puede hacerse en un momento dado. Y, por último, las vías de escape deben ser accesibles, amplias y, por ningún motivo deberán bloquearse, además que deben estar visible - mente señalizadas y ser conocidas suficientemente.

Todo lo anterior - y mucho más - lo encontramos al estudiar la tragedia de Armero. Se presentaron muchos aspectos en forma detallada y con objetividad encomiable durante el Simposio que sobre la tragedia del Ruíz se llevó a cabo. Y están ahora al alcance del lector en la presente publicación.

La experiencia que sufrimos los colombianos con el desastre de Armero es inconmesurable, en vidas, en dolor, en lágrimas. Que esta tragedia nos traiga también la esperanza y la decisión de que trataremos de capacitarnos y prepararnos para afrontar adecuadamente otras situaciones similares.